

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: ¿Cómo será estar en el cielo?

(18 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



¿Cómo será estar en el cielo? (18 días)

Día 1

Ap. 21:9-14; Ef. 2:13,17-22

Cada uno tiene su propia imaginación acerca del cielo. Pero en el cielo, todo será muy distinto a lo que nosotros podemos imaginar. Juan escribió: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron”.

Dios nos recibirá con mucho amor y nos consolará. “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. (Lea 1.Co. 15:26,54-57; Is. 25:8.)

Un ángel le dijo a Juan: “ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero”. ¿Quién es ella? La esposa (novia) del Cordero, es la iglesia redimida del Señor Jesús. A ella pertenecen personas de todas las naciones, también de Israel -el pueblo elegido de Dios-. Ellos son personas que aman a Jesús, porque han entendido que han sido comprados a precio de Su sangre. Él ha pagado por su pecado. (Lea Col. 1:12-14; 1.P. 2:24,25.)

Ya por medio del profeta Osea, Dios había prometido: “Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Os. 2:18,19). En primer lugar valió eso para Israel. Pero Jesucristo, por su muerte, nos ha acercado a Dios, para que podamos como los hijos amados de Dios, participar de esta promesa.

Todavía “la esposa” (novia) vive en la tierra y espera el regreso del Señor; su esposo (novio). Ella sigue a Jesús a pesar de pruebas y sufrimientos, hasta llegar a la gloria. “Tú retienes mi nombre, y no has negado mi fe” (Ap. 2:13; lea Ap. 2:10; 3:10,21; 7:13-17; 14:4,5).

Juan puede ver a la iglesia en su perfección, pues ha alcanzado su destino. “Y los redimidos de Jehová volverán y vendrán a Sion con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Is. 35:10).

Día 2

Ap. 21:10; He. 12:22-24

“Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”. Aquí se habla primero del misterio, que Juan vio, que ningún hombre jamás había visto. Esto aconteció “en el Espíritu en el día del Señor”. Juan describe un estado, en el cual Dios estaba muy cerca de él. Con sentidos muy despiertos Juan recibió aquello que podía ver.

Él podía escribir mientras recibía impresiones del mundo invisible de Dios. También recibió tareas e instrucciones para nuestro mundo visible, para que la iglesia de Jesús tuviese consuelo y comprensión para el tiempo de la prueba. (Lea Ap. 1:10,11.)

¿Qué mostraba el ángel al vidente Juan?: “Me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios”. En el cuadro de “la santa ciudad Jerusalén” vio Juan a la iglesia, en su manera de ser y su carácter.

¿Por qué se menciona aquí Jerusalén? En el monte del templo se ubicaba la casa de Dios, el lugar de la adoración a Yahveh.

Jerusalén es, en cierto modo, el punto central del obrar de Dios en el mundo. En el monte del Calvario, *delante* de las puertas de Jerusalén, Jesús pagó a precio de Su vida nuestro rescate, a fin de que, liberados de las cadenas del pecado, pudiéramos vivir en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (Lea Ro. 8:21.)

Desde Jerusalén se ha anunciado el más gozoso de todos los mensajes, el evangelio de la salvación. (Lea Mr. 16:15,16; Hch. 1:4,8.) Es asombroso, que ya “Abraham esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. (Lea He. 11:9,10,13-16.)

La Jerusalén celestial es entonces un símbolo del eterno reino de Dios, en el que viven los redimidos.

“Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc. 10:20). ¿Es esto nuestra certeza, nuestro gozo?

Día 3

Ap. 21:10,11; Fil. 3:20,21

En la figura de la Jerusalén celestial, Juan vio la esposa (novia) del Cordero. ¿Cómo llegó ella a ser la esposa del Cordero?

La respuesta: “Él tomó sobre sí, lo que hemos hecho mal aquí en la tierra, Él se entregó, para ser nuestro Cordero, Quien murió por nosotros, y consiguió así gracia y paz para nosotros” (P. Gerhardt).

Esto, es motivo de gozo para toda la eternidad: Él dejó la gloria celestial, para buscarnos y poder llevarnos al cielo. Ahora “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20).

No es fácil ni barato, conseguir otra ciudadanía. En algunos países se pagan inmensas sumas. ¿Cuánto cuesta la ciudadanía en la Jerusalén celestial? Nadie puede pagarlo. Solamente una “divisa” lo hace posible: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestro padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1.P. 1:18,19). Jesús ha pagado el precio para nosotros.

Sobre la vida de cada persona, se dice: “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23; Gn. 6:5-7). Pero Dios encontró un camino: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16; lea Ro. 5:8; 1.Ti. 1:15).

Jesús consiguió para nosotros, la ciudadanía en la Jerusalén celestial, en la eterna iglesia del Señor. Aquel que acepta personalmente que es un pecador insolvente, reconociendo que Jesús ya pagó por él, recibe la ciudadanía. (Lea Jn. 14:6; Gá. 1:3,4; 2.Co. 5:1; 1.P. 1:3,4.)

Día 4

Jn. 1:29,36; Lv. 4:32-35

En el Antiguo Testamento se declara ilustrativamente que sólo por la sangre de un cordero se hace expiación de pecado.

Cuando un israelita había pecado, podía ir junto con un cordero al sacerdote, al atrio del templo en Jerusalén. Éste le ordenaba poner su mano sobre la cabeza del inmaculado animal; después debía sacrificarlo. El sacerdote tomaba de la sangre y untaba los cuernos del altar, como señal de que el animal del sacrificio había muerto. De esta manera la persona que hacía el sacrificio, entendía claramente que merecía la muerte eterna por su pecado. (Lea Ro. 6:23.)

El amor de Dios era la razón que no demandaba la muerte del pecador, sino que aceptaba la muerte vicaria del sacrificio para el perdón del pecado. Todos los sacrificios de animales, que durante los siglos fueron presentados, primero en el tabernáculo y después en el templo en Jerusalén, culminaron en el sacrificio de Uno, el Verdadero Cordero de Dios. Juan el Bautista señalaba a Jesús diciendo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Lea He. 13:11-13.)

Hace más o menos 2.000 años Jesús murió en las afueras de Jerusalén como el cordero de sacrificio, por los pecados de todo el mundo. Aquel que con fe pone sus manos sobre el Cordero de Dios, que confiesa su pecado y de este modo lo transfiere a Él, recibe el perdón. (Lea He. 9:13-15; 1.Jn. 1:9-2:2.)

La muerte de Jesús en nuestro lugar, tiene validez por toda la eternidad. Por eso se lo ve a Jesús en el cielo también como el Cordero, y también por eso, a la iglesia se la llama “la esposa del Cordero”. (Lea Ap. 5:6,9,10,12; 12:11; 15:2-4.)

“Sobre el Cordero descansa mi alma, y con mucho asombro adora a Jesús. Todos, todos mis pecados fueron quitados por su sangre” (J. A. von Poseck).

Día 5

Ap. 21:10,11; Jn. 17:22,24

“Me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”. La ciudad que Juan vio, no fue edificada por hombres. Esa viene “de arriba”, de Dios. Lo que está edificado “de abajo” se desmorona nuevamente, pero lo que es edificado de arriba, permanece. (Lea Jn. 3:3,6,31; 8:23.)

En esta ciudad está Dios junto con sus hombres amados y salvados. En los primeros capítulos del Apocalipsis se trata de todos los asuntos dañinos y de los caminos equivocados de la iglesia (Ap. 2 y 3).

Pero ahora ella refleja la gloria de Dios y su manera de ser, porque le pertenece totalmente, está pura y santa. Aquí manda la voluntad de Dios. (Lea 2.Co. 3:18.)

Muchas veces se describe la gloria de Dios como una luz refulgente (Éx. 24:17; Lc. 2:9). Este resplandor no es sólo algo exterior, sino que muestra al mismo tiempo, la manera de ser de Dios. “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”. Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.

Jesús nos quiere tener junto a Él, en Su luz. ¿Seremos luminares para las personas que a nuestro alrededor, andan en tinieblas; que están desorientadas acercándose a la ruina? “Háganlo todo sin quejas ni contiendas, para que sean intachables y puros hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento” (Fil. 2:14,15 NVI; Is. 43:21).

Podremos ser y difundir luz, si nos separamos continuamente del pecado y confiamos una y otra vez en Su perdón; pues Su perdón jamás pierde poder. “Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. Por eso “vivan como hijos de luz” (Ef. 5:8-11 NVI; lea 1.Jn. 1:5-7; 3:3; Mt. 5:14-16; Jn. 8:12.)

Día 6

Ap. 21:11,19,20; He. 12:6,10,11

Juan dijo de la santa ciudad: “Resplandecía con la gloria de Dios y su brillo era como el de una piedra preciosa, semejante a una piedra de jaspé transparente” (NVI). Al impresionante resplandor de la ciudad, lo comparó aquí con un diamante.

El diamante en bruto, o sea la pieza o piedra natural, vale solo una pequeña parte del diamante tallado, brillante. La pieza bruta no tiene brillo. Pero el tallado hace de la piedra bruta, una valiosa piedra preciosa.

Del diamante se sabe que es tan duro, que solo puede ser tallado con otro diamante. A veces pierde mucho de su volumen, porque se debe sacar mucho. Sin embargo tiene, aunque sea más pequeño, mucho más valor, porque fue tallado.

En los versículos 19 y 20 se mencionan más piedras preciosas. Ellas se originan bajo tremenda presión y muy altas temperaturas en el interior de la tierra. De manera parecida, Dios forma los diamantes humanos. ¡Por cuántos sufrimientos y presiones se debe pasar, hasta que se forme un brillante, que refleja el resplandor de Dios!

Un profesional en joyería explicaba: “Casi todas las piedras preciosas obtienen su luminancia, determinando su valor sólo por el pulido de gemas”. Quizás Dios nos está trabajando justo ahora en su taller de joyería, quizás el proceso nos parece inaguantable y demasiado largo, pero entonces y, a pesar de todo, el resplandor del Señor puede brillar sobre nuestra vida. En He. 12 leemos: “el Señor disciplina a los que ama...”

Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella” (v.6-11).

Y “después” -en la gloria- seremos renovados completamente por Dios; llevaremos con nosotros la gloria de Dios. (Lea 2.Co. 4:16-18; Jn. 15:2; 1.P. 4:12-14; Ap. 3:19; Sal. 119:71,75.)

Día 7

Ap. 21:12-14; Ef. 2:11-22

El muro es “grande y alto” y rodea la ciudad, imposible de pasar por encima. A la Jerusalén celestial no llega ningún camino de logros humanos. Uno debe pasar por la *única* puerta, de la cual Jesús dijo: “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo” – ¡pertener a mí por el tiempo y la eternidad! (Lea Jn. 10:9; 3:3; Mt. 7:13,14.)

“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Ap. 21:27).

A la gloria no puede introducirse nada malo, “porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4b). Pero para nuestros días actuales, vale una y otra vez la exhortación de estar despierto y velar, pues “el pecado está a la puerta; ... a ti será su deseo” (Gn. 4:7; lea Sal. 34:12-14; 1.Ti. 6:20,21).

Las puertas de la ciudad tienen los nombres de las doce tribus de Israel. La historia de la salvación de Dios está unida al pueblo de Israel, el de Su pacto. Nosotros, la iglesia de los gentiles, no somos los primeros, pues “la salvación viene de los judíos”. Así lo dijo Jesús a la mujer samaritana, en el pozo de Jacob. (Lea Jn. 4:22-24.) Por eso para nosotros el Antiguo Testamento es muy importante, como la revelación de Dios y Su preparación del camino de salvación para las naciones. El Antiguo pacto lleva hacia el Nuevo.

La iglesia está injertada en el olivo Israel. La tarea de Israel en la historia de salvación, consistía en ser “puerta”. Sin embargo ellos no quisieron ser “puerta”, y se cerraron al Mesías y el Nuevo pacto, que de aquí en adelante involucraba a los pueblos en la salvación. Pero Dios también llegará a la meta con su pueblo Israel. (Lea Ro. 11:17-36).

Las puertas de la ciudad nunca serán cerradas (Ap. 21:25). ¿Acaso no nos dicen las puertas abiertas a los cuatro puntos cardinales, que hoy “todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”? (Is. 52:10; lea 2.Co. 5:19,20; Mt. 28:20.)

Día 8

Ap. 21:15-21; 1.P. 2:5,9,10

Un ángel con una caña de medir de oro, designa las medidas de la ciudad. Toda indicación de los números expresan: la celestial Jerusalén, el pueblo de Dios. Corresponde totalmente a las normas de Dios, y es perfecto. (Lea 1.Co. 13:10.) Esa perfección se expresa al decir que la longitud, la anchura y la altura de la ciudad, son iguales. ¿Puede ser que las medidas terrenales quieran mostrar algo de la incomparable grandeza de nuestra posición celestial y de la bendición, que ya tenemos? “A fin de que ... seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Ef. 3:18,19).

“La ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio”. Dios nos quiere preparar y purificar ya aquí, como el oro.

Respecto a esto escribió Pedro: “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”. Pablo, que pasó por incontables sufrimientos y mucha persecución, confirmó: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (1.P. 1:6,7; Ro. 8:18).

En la gloria de Dios no habrá un templo. Él mismo habitará entre su pueblo. Entonces tendremos perfecta comunión con Él, podremos experimentar Su amor perfectamente, y mostrarle nuestro amor. (Lea Ap. 22:3-5.)

Aún vivimos en la tierra, todavía somos ciudadanos de dos mundos. Jesús anunció nuestra patria eterna junto con Dios, cuando dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí... y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:1-3).

Día 9

Ap. 22:1-5; He. 2:14,15

Especialmente en el último libro de la Biblia podemos tener una mirada al futuro, que Dios tiene preparado para nosotros. ¿Cuál es Su meta para los hombres que le aman?

En el capítulo 21 el apóstol Juan vio la novia (esposa) del Cordero, en la figura de la Jerusalén celestial, consistente de oro puro, perlas y piedras preciosas. Estos materiales valiosos describen el carácter y la manera de ser de la novia (esposa) del Cordero.

En el capítulo 22 el ángel le mostró al vidente Juan detalles, que complementan y profundizan lo anterior. La Jerusalén celestial, representa la iglesia y el centro de la Jerusalén celestial será el trono de Dios. Para siempre, eternamente, Dios habitará en el centro de su iglesia redimida. Esto era el deseo de Dios y la nostalgia de los hombres, después de la caída en el pecado. En el tabernáculo, Dios ya dio una visión anticipada. “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éx. 25:8; lea Sal. 46:5; Ez. 48:35b).

Para que Dios y los hombres nuevamente pudieran estar unidos, le dio a su pueblo Israel los sacrificios. Para que nosotros hoy, podamos tener comunión con Dios, dio a Su Hijo como sacrificio. “... hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. “Pero Cristo ... con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. “Porque por medio de él los unos y los otros (judíos y gentiles) tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (1.Ti. 2:4-6; He. 10:12,14; Ef. 2:18; lea 1.Jn. 4:9,10).

Cada día nos acercamos un poco más, para estar para siempre junto con nuestro Señor y tener íntima comunión con Él. Entonces podremos por fin agradecerle, amarle perfectamente y honrarle como Él lo merece. (Lea Ap. 1:5b,6; 7:9,10.)

Día 10

Ap. 22:1-3; 1.Ti. 1:15

Al final de la Biblia se describen Padre, Hijo y Espíritu Santo como el centro del nuevo mundo de Dios. Ellos ya, desde la eternidad, formaron una unidad en amor. En el cumplimiento del tiempo se revelará que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están unidos maravillosamente en Su manera de ser, Su voluntad y Su acción, para involucrarnos a nosotros, hombres perdidos, en su comunión de amor. El Padre nos escogió, el Hijo nos salvó y el Espíritu Santo realizó la salvación en y por nosotros. (Lea Jn. 16:13-15; 17:1-3,22-24; Ef. 1:4,5.)

También en el cielo se le llama a Jesús el “Cordero”.

Como el “Cordero”, Él está en el trono. Él sigue teniendo los estigmas, como señales de reconocimiento de nuestra redención (Ap. 5:6). Así la cruz del calvario no se olvidará en toda la eternidad.

Con eso, se declara que nosotros, no podemos estar en el cielo por propios esfuerzos. Admiraremos y adoraremos de qué manera, el Padre, el “Cordero en el trono” y el Espíritu Santo nos han atraído y, nos han hecho aptos para estar en la cercanía de Dios. (Lea Ro. 3:23,24; Tit. 3:5-7.)

Para buscarnos y salvarnos, el Hijo de Dios debía venir a este mundo malo. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10; Mt. 20:28). Pero los hombres, siendo criaturas de Dios, lo clavaron en la cruz.

Jesús iba por ese camino, porque nos quería llevar al Padre, a la gloria celestial. ¡Cuánto amor abarca éste sacrificio! Frente a tal amor hay una sola respuesta: “Señor, te agradezco por tu sacrificio y quiero pertenecer para siempre a ti. Ocupa mi vida según tu voluntad y útilízame según tu agrado” (Lea Col. 1:12-14; Ro. 6:12,13,19; 12:1; 2.Co. 5:15; Flm.4,5.)

Día 11

Ap. 22:1,2; Ro. 8:14-16

Desde el trono de Dios y del Cordero sale un río de agua viva. Este agua viva, es un símbolo del poder vital del Espíritu Santo, que sale del Padre y del Hijo. Jesús habló de esto en la fiesta de los tabernáculos en Jerusalén, cuando invitó a los hombres: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:37,38).

En el cielo, saltará sin parar, vida del trono de Dios por medio del Espíritu Santo. La iglesia que estará unida allí, estará llena del Espíritu de Dios.

Pero Jesús nos ha dado ya ahora su Espíritu, y podemos contar con su guía, también para las tareas que hoy tenemos que cumplir. (Lea Gá. 4:6,7; Ef. 4:30.) Si toda la vida en el cielo, depende del Espíritu Santo, las personas que no tienen al Espíritu de Dios, no serán aptos allí.

Por eso escribió Pablo: “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (Ro. 8:9b; 1.Co. 2:14).

¿Cómo se puede recibir al Espíritu Santo? Si una persona pide al Señor Jesucristo, el Señor resucitado, que le perdone sus pecados y le pide que entre en su vida, le otorga el Espíritu Santo.

Él es aquel que lo guía “a toda la verdad” (Jn. 16:13,14). También en las decisiones personales de nuestra vida el Espíritu Santo nos quiere guiar. “Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”.

La decisión de recibir a Jesús, depende de cada uno de nosotros, para poder estar en el cielo. (Lea Jn. 1:12,13; 3:1-8,16; Ap. 3:20.)

Día 12

Ap. 22:1,2; 2.Co. 3:18

¿De qué rol se encarga el Espíritu Santo en nuestra vida? Su tarea principal es, transmitirnos la manera de ser de Jesús y, transformarnos a su imagen.

Pablo exhortaba a los jóvenes creyentes en Galacia, a no seguir viviendo a su estilo acostumbrado, sino bajo el régimen del Espíritu Santo: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”. Por los creyentes en Efeso Pablo oraba: “... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Gá. 5:16; Ef. 3:16).

Ser fortalecido por el Espíritu Santo significa, tener ayuda para las grandes y pequeñas exigencias de nuestra vida cotidiana.

El río que sale del trono de Dios y del Cordero, efectúa vida y fertilidad.

En el paraíso había sólo un árbol de vida. Pero ahora a la orilla del río, hay muchos “árboles de vida” -textualmente- “madera de vida”. Esto hace recordar la madera de maldición, la cruz, que para nosotros llegó a ser “madera de vida”; árbol de vida.

Por medio de la cruz y la resurrección de nuestro Señor, recibimos mucho más y cosas más gloriosas, de lo que consiguieron los primeros hombres en el paraíso. Allí había *un* árbol, aquí son *muchos* árboles de la vida. Ellos están a la orilla del río que sale del trono de Dios, y llevan continuamente frutos. Cuando el Espíritu Santo tiene lugar en nosotros, crece el fruto. Jesús dijo a sus discípulos: “... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”. (Lea Jn. 15:4,5,16; 2.Co. 3:5; Fil. 1:9-11; Os. 14:8b.)

Ya ahora Jesús nos otorga vida abundante. Tenemos mucha razón en regocijarnos de la eternidad; allí tendremos el cumplimiento perfecto de esta promesa y, lo experimentaremos por toda la eternidad. (Lea Jn. 10:10b; Is. 33:17; 49:10; Ap. 7:16,17.)

Día 13

Ap. 22:3-5; Jn. 1:29

“Y no habrá más maldición”. En el paraíso comenzó la maldición por la desobediencia del hombre, ante el mandato de Dios. El cielo no es un paraíso terrenal, al que en cualquier momento, nuevamente podrá entrar la serpiente seductiva. El pecado ya no existirá más. (Comp. Ap. 20:10.)

En los versículos 3 al 5, se describe la parte central de la Jerusalén celestial, el lugar santísimo celestial, cuya copia terrenal fue el lugar santísimo del tabernáculo. Una vez al año, en el día de la expiación, al sumo sacerdote del pueblo de Israel, le fue permitido entrar con la sangre del sacrificio al lugar santísimo, y rociarla sobre el propiciatorio, que estaba sobre el arca (Lv. 16:1-3,14,34).

Solo una persona de toda la humanidad, tenía el privilegio una sola vez al año, de entrar al lugar santísimo, a la presencia de Dios; y exclusivamente con la sangre de un animal sacrificado. De lo contrario el hombre debería morir. Aquí se aclara el tremendo abismo, entre el Dios santo y el hombre pecador.

Sin embargo la sangre de la víctima, señalaba el singular sacrificio del Hijo de Dios y recibió, de allí su significado expiatorio. Jesucristo “no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”. “Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 9:12; 10:14; lea He. 7:26,27).

Aquí vemos, algo parecido a un cuadro final del Apocalipsis. ¿A quién encontramos en el lugar santísimo? A Dios, “el Cordero” y sus siervos.

Es de suma importancia, que nosotros podamos estar allí presentes. Sólo por la sangre del Cordero, recibieron sus siervos en aquel tiempo -como también hoy en día- el acceso al cielo y a la presencia de Dios. Por esa certeza de esperanza, podemos alabar desde ahora a Dios y al Cordero. En toda la eternidad esa razón, será motivo de nuestra adoración. (Lea Ap. 1:6; 5:9-13; 7:9-12.)

Día 14

Ap. 22:3,4; Ro. 12:1

“Sus siervos le servirán”. Porque Jesús nos ha servido a nosotros, y dio su vida por amor a nosotros. También en nosotros, sus seguidores, crece el deseo de servirle. Este servicio no tiene nada que ver con obligación, sino que más bien es un privilegio, y se realiza por agradecimiento y amor.

De este modo, cualquier trabajo puede volverse en servicio o culto, a Dios, porque podemos hacer todo por amor a nuestro Señor.

Pablo escribió: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17; lea Col. 3:23,24).

Puede pasar que una mujer y madre, que no está trabajando afuera de su hogar, se sienta como una empleada de la familia. A otros les parece su lugar de trabajo, como una tremenda limitación, porque no se pueden desarrollar como quisieran, o tienen que hacer lo que otros ordenan. Sin embargo si hacemos el trabajo, por más que nos cueste, por amor a Jesús, será mucho más liviano. (Lea Sal. 100:1,2; Ro. 12:11; Ef. 6:5-8; Col. 4:17.)

Con los dones que Dios nos ha dado, podemos también servirnos los unos a los otros. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1.P. 4:10; lea Jn. 12:25,26).

¡Cuán vacío queda aquel, que se sirve solo a sí mismo y a su propia honra, con el don recibido! Puede ser que siente cierta disconformidad, sin saber la razón. Es de admirarse, que en cualquier profesión y en cualquier lugar, podemos glorificar a Dios. Mientras que le demos a Él la honra, Él nos recompensará ricamente con una vida abundante. Nuestro servicio para Dios, que aquí a veces es incompleto, se realizará en el cielo en forma perfecta.

Día 15

Ap. 22:3,4; Éx. 33:18,20

El anhelo más profundo que acompañaba a la humanidad desde la expulsión del paraíso, será cumplido en el cielo: sus siervos “verán su rostro”.

Desde el pecado original rige: “No me verá hombre, y vivirá”. La mirada de la gloria de Dios y su santidad, sería mortal para el hombre contagiado del pecado.

Moisés, uno de los mayores siervos de Dios, pidió a Dios: “te ruego que me muestres tu gloria”. Pero él recibió la respuesta: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá”.

El hecho de que en el cielo podremos ver el rostro de Dios, nos prueba que, allí estaremos libres completamente de cualquier pecado. No quedará pegado a nosotros, ningún resto del pecado, pues el hecho de ver el rostro de Dios, sería motivo de muerte. ¡Tan perfecto y completo será el efecto de la cruz del calvario! Jesús dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt. 5:8; lea 2.Co. 7:1; 1.Jn. 3:1,2).

Pero, ¿quién tiene un corazón limpio? Podemos pedir al Señor que nos lo otorgue. El que deja entrar a Jesús en su vida, lo recibe en el momento del nuevo nacimiento. (Comp. Ez. 36:25-27.) Mientras que aún vivamos en este mundo, el pecado acecha continuamente, delante de nuestra puerta (Gn. 4:7).

Aún no estamos perfectos, necesitamos una y otra vez que Jesús limpie nuestro corazón. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”. “... y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1.Jn. 1:9; 2:1).

El Señor Jesús que nos ha redimido del poder del pecado, puede y quiere también, guardarnos del mismo. (Lea 1.Ts. 5:23,24; 2.Ts.3:3; Jud. 24,25.)

Día 16

Ap. 22:3,4; 1.Co. 1:9

“Sus siervos le servirán, y verán su rostro”. Poder ver el rostro de Dios, significa que en la gloria, tendremos una comunión feliz y completa con Dios. ¡Cuán rápido se interpone aquí en la tierra, algún pecado entre Jesús y nosotros. Pero en el cielo no habrá ningún pecado; nuestra comunión con Él no tendrá fin. David lo expresó así: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15).

La comunión con Dios ya aquí en la tierra trae mucha felicidad y conformidad, cuando Él habla por Su Palabra con nosotros. (Lea Jer. 15:16; Sal. 19:7,8.)

Pero esto, no es lo definitivo. Cuando nosotros veamos el rostro de Dios, esa felicidad nunca terminará.

El teólogo danés Søren Kierkegaard, vivía conscientemente esta esperanza. Sobre la lápida de su tumba, se podía leer: “Un poco de tiempo, entonces lo alcanzaré, toda disputa se disolverá y nada quedará. Entonces estaré satisfecho con el agua viva y hablaré con Jesús eternamente”.

Poder ver el rostro de Dios también significa, que seremos semejantes a Él.

El apóstol Juan escribió: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1.Jn. 3:2). Entonces su obra de salvación en nosotros será completa. A esto, apunta Dios utilizando todas las situaciones difíciles de la vida y, el obrar de Su Espíritu en nosotros. ¿Confiamos que Él completará su obra con nosotros? Pablo escribió: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29; lea Jn. 17:22; 1.Co. 15:49).

Día 17

Ap. 22:3.4; 1.Co. 2:9

Sí, nosotros veremos el rostro de Dios, no seremos extraños para Él, ni Él será extraño para nosotros. Ya ahora, vivimos día a día con Él, escuchamos Su voz y hablamos con Él.

Jesús dijo: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, las mías me conocen... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:14,27,28).

También Job lo sabía: “... al cual yo veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:25-27).

Cuando veamos el rostro de Dios, el tiempo de la fe habrá terminado. Hoy podemos seguir adelante, solamente por la confianza en Él y Su Palabra. Pues “por fe andamos, no por vista” (2.Co. 5:7). Los creyentes que ya están con Jesús, han pasado de la fe hacia la vista. Hasta que nosotros lleguemos allí, debemos honrar al Señor aquí y ahora con nuestra confianza. (Lea 2.Co. 4:17,18; He. 11:24-27.)

“... y su nombre estará en sus frentes”. Así designará Jesús a aquellos que pertenecen a Él, que son su propiedad. La frente significa aquí figurativamente, la manera de ser del hombre y sus pensamientos. Todo el carácter del creyente reflejará la gloria del Señor, y ellos serán semejantes a Él. Esto no es una señal obligatoria -como por ejemplo con el Anticristo- que obligará a sus súbtitos a llevar su señal y el número suyo (Ap. 13:16-18).

El nombre del Señor Jesús sobre nuestra frente, significa una señal de amor y pertenencia, así como la alianza, la que el novio le pone a la novia en su dedo, en el día de la boda. (Comp. Ap. 3:12; 14:1.)

Día 18

Ap. 22:5; 1.Co. 13:9,10,12

“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará”.

En el mundo eterno de Dios no hay nada de tinieblas. Allí no necesitaremos las conocidas fuentes de luz terrenales, que nos dan orientación. Dios mismo dará a sus siervos la luz. Ellos recibirán de Él completa comprensión y clara visión en una medida nueva y abundante.

Las muchas cuestiones sin respuestas de nuestra vida personal, de nuestra familia o en la política de nuestro país, serán claras con Su luz. También la enigmática corriente de la historia mundial que nos da temor, y al mismo tiempo todo lo grandioso y brillante, será descubierto en Su luz. Entonces se revelará que sólo en Jesús, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. 2:3).

Las bibliotecas con su gran cantidad de libros y soportes informáticos, en los que están guardados toda la sabiduría de este mundo, en el cielo no serán necesarias. Las grandes y pequeñas luces de fuentes de conocimiento, que nos importaban aquí y a veces, se ponían contra Dios y el Cordero, perderán su significado, “porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:23; lea Jn. 8:12; 1.Ti. 6:16).

“... y reinarán por los siglos de los siglos”. Dios colocó al hombre como gobernador sobre su creación. Sin embargo esa tarea fue malograda y desfigurada por el pecado. Pero Dios llega a su meta.

Los redimidos compartirán Su dominio. (Lea Dn. 7:13,14,27; 2.Ti. 2:11,12; Ap. 3:21.)

Nosotros solamente podemos admirar a Dios, agradecerle y adorarle por todo aquello que Él nos ha preparado, por medio de Jesús. “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ... Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. ¡Amén!” (Ro. 11:33,36)